

es me parecen iguales. Ojalá que us-

eral y, dándole palmadas en el hom-

tengas cuidado, hijo; pero oye este

le hacer semejante cosa con un sub-

anécdota porque la mayoría de las

que he tropezado en mi vida, han si-

subtenientes".

en suerte poder tratar a un número

grandes hombres y de hombres muy

er tal calificativo, y he podido com-

cepción, su sencillez está en relación

ndeza. En cambio, los insignificantes

nostrado presuntuosos, impertinentes

os de sus prerrogativas cuanto más

tura intelectual.

sa sé que cuando tropiezo con alguna

modestas operaciones comerciales, la

ograr que atiendan mis quejas, con-

al jefe de la empresa. Durante el ve-

una dificultad con el representante

al Electric. Mis gestiones en aquella

inútiles y decidí dirigirme a la de

carta quedó sin respuesta; escribí

departamento de que dependía directa-

al cual se concretaba mi queja. Los

igualmente negativos. Entonces, por

como experimento, resolví escribir a

Presidente de la compañía y eminien-

te financiero. A la mañana siguiente recibí su res-

puesta: una de las cartas más corteses que me han di-

rigido. No tardaron en llegarme otras cartas de sus

subordinados y mi reclamación fue atendida rápida

y eficazmente.

Alguien definía la gravedad como "una actitud

que el cuerpo asume para esconder los defectos del

alma". Esta definición, por supuesto, nada tiene que

ver con la natural circunspección. Alude sólo a la for-

zada gravedad a que se recurre, como biombo, para ocul-

tar algo. Recuerdo que en mi carrera teatral, una vez,

al principiar un ensayo, un tramoyista que me conocía

desde hacía mucho tiempo, me dirigió la palabra lla-

mándome familiarmente "Channing". Un amigo mío,

que lo oyó, me decía después: "No sé cómo permite

usted que un mozo lo trate con tal familiaridad".

"Es que estoy seguro de mí", le respondí. Sólo el

que teme que se le descubra algo que desea ocultar,

necesita mantener la distancia entre él y sus subor-

dinados.

La modestia, como es natural, no está reñida con

una confianza bien fundada en uno mismo, o con la

consciencia clara de la propia capacidad. En mi juven-

tud fui agente de publicidad de Lillian Russell, la fa-

mosa actriz norteamericana. La oí una vez aludir a su

propia belleza y seguramente hubo en mi rostro un

gesto de extrañeza, porque ella, sonriente, retiró la

mirada del espejo y me dijo: "Talvez usted juzga

presuntuosas mis palabras. Está equivocado. Después

de elogiarse durante varios años mi belleza, en la